

(1o. de junio de 1966)

Apelo a vosotros, ciudadanos de América, en tanto que ser humano preocupado por la libertad y la justicia social. Muchos de vosotros pensaréis que vuestro país ha servido a estos ideales y, de hecho, los Estados Unidos tienen una tradición revolucionaria que, en su origen, era fiel a la lucha por la libertad humana y la igualdad social. Esta es la tradición que ha sido traicionada por ese puñado de hombres que hoy gobiernan los Estados Unidos. Muchos de vosotros tal vez no sepáis hasta qué punto vuestro país está controlado por industriales que derivan su poder, en parte, de las enormes posesiones económicas en todas las partes del mundo. Los Estados Unidos controlan hoy el 60 por 100 de los recursos mundiales, aun que sólo tenga el 6 por 100 de la población de la tierra. Las riquezas naturales de enormes regiones del planeta son propiedad de ese puñado de hombres. Os pido que ponderéis las palabras de vuestros propios dirigentes que, a veces, revelan la explotación que practican. El *New York Times* del 12 de febrero de 1950 decía lo siguiente:

“Indochina es un premio digno de un juego amplio. En el Norte hay estaño, tungsteno, manganeso, carbón, madera y arroz; caucho, té, pimienta y pieles. Ya antes de la segunda guerra mundial, Indochina rendía unos dividendos que se calculaban en 300 millones de dólares al año”.

Un año más tarde, un asesor del Departamento de Estado decía así:

“Hemos explotado sólo en parte los recursos del Asia sudoriental. No obstante, esa región ha provisto el 90 por 100 del caucho crudo, 60 por 100 del estaño y el 80 por 100 de la copra y aceite de coco de todo el mundo. Cuenta con enormes cantidades de azúcar, té, café, tabaco, henequén, fruta, especias, resinas y gomas naturales, petróleo, mineral de hierro y bauxita”.

Y en 1953, cuando los franceses luchaban en Vietnam con ayuda americana, el presidente Eisenhower dijo lo que sigue:

“Supongamos que perdemos Indochina. Si perdemos Indochina... , dejarán de venir de esa región el tungsteno y el estaño, que tanto

Nota. Tomado del libro “Crímenes de Guerra en Vietnam” (1967).

apreciamos. . . Estamos votando por el medio más económico de evitar que ocurra algo que podría ser de terrible trascendencia para los Estados Unidos de América y su seguridad: que perdamos el poder y la posibilidad de obtener ciertas cosas que necesitamos de entre las riquezas del territorio indonesio y del Asia sudoriental”.

Ello revela que la guerra del Vietnam es parecida a la que los alemanes llevaron a la Europa oriental. Es una guerra cuyo fin es proteger el control que sobre la riqueza de esa región ejercen los capitalistas americanos. Cuando nos damos cuenta de que las fantásticas sumas de dinero que se gastan en armamentos se transfieren por contratos a industrias en cuyos consejos de administración figuran los mismos generales que piden las armas, podemos comprobar que los militares y la gran industria han formado una alianza en provecho propio.

La verdad es que la resistencia del pueblo vietnamita es la misma resistencia de los revolucionarios americanos contra los ingleses que en el siglo XVIII controlaban la vida económica y política de América. La resistencia vietnamita es la misma resistencia del maqui francés, los partisanos yugoeslavos y los guerrilleros de Noruega y Dinamarca contra la ocupación nazi. Por eso un pueblo pequeño de campesinos puede mantener a raya a un enorme ejército de la nación industrial más poderosa de la tierra.

Os encarezco que miréis de cerca lo que el Gobierno de los Estados Unidos está haciendo al pueblo vietnamita. ¿Podéis justificar, en vuestro fuero interno, el empleo de productos químicos y gases tóxicos, el bombardeo a saturación de todo el país con bombas incendiarias y de fósforo? Por mucho que quiera mentir la prensa americana sobre este punto, las pruebas documentales de lo que son y hacen esos gases y productos químicos son abrumadoras. Son venenosos y mortíferos. El *napalm* y el fósforo queman a la víctima hasta que queda reducida a una masa de burbujas. Los Estados Unidos también están empleando armas como la llamada *lazy dog*, que es una bomba que al explotar dispersa diez mil fragmentos de acero cortante como cuchillas de afeitar. Estas cuchillas cortan prácticamente en tiras a los aldeanos, contra quienes constantemente se emplea esta arma maligna. En una provincia del Vietnam del Norte, que es la de mayor densidad de población, se han arrojado en los últimos trece meses 100 millones de agujas de acero de esa clase.

Más elocuente y terrible es saber que entre 1954 y 1960, que duró el régimen de Diem, murieron más vietnamitas que desde 1960 hasta ahora, en que los partisanos vietnamitas han estado ofreciendo resistencia armada a la ocupación americana en el Sur. Lo que la prensa llama el "Vietcong" es en realidad una alianza de base amplia que, al igual que los frentes populares de Europa, abarcan todos los matices políticos, desde los católicos hasta los comunistas. El Frente Nacional de liberación cuenta con el más ferviente apoyo del pueblo y hay que ser el ciego más empedernido para no verlo.

¿Sabéis acaso que ocho millones de vietnamitas fueron internados en campos de concentración en régimen de trabajo forzado, alambradas de espinos y vigilancia armada? ¿Sabéis que esto se hizo por indicación del Gobierno de los Estados Unidos, y que en estos campos eran práctica constante la tortura y el asesinato brutal? ¿Sabéis que los gases y productos químicos, que se han venido empleando durante cinco años en el Vietnam, causan la ceguera, la parálisis, la asfixia, convulsiones y por fin una muerte insoportable?

Imaginad por un momento lo que significaría que un enemigo estuviera bombardeando los Estados Unidos y lo ocupara durante doce años. ¿Qué pensaríais si una potencia extranjera hubiera bombardeado hasta la saturación con bombas de gasolina, de fósforo y *lazy dogs* ciudades como Nueva York, Chicago, Los Angeles, St. Louis, San Francisco y Miami? ¿Qué haríais si os ocupara un ejército extranjero que llenara vuestras ciudades y vuestras aldeas de gases y productos químicos tóxicos? ¿Pensáis acaso que el pueblo americano recibiría de grado a un invasor tan salvaje y agresor? Lo cierto es que en todas las partes del mundo están llegando a comprobar que quienes controlan el Gobierno de los Estados Unidos no son más que un grupo de matones bestiales que sólo se guían por sus propios intereses económicos y que son capaces de exterminar a cualquier osado que se atreve a luchar contra esta explotación y agresión descaradas.

Cuando los Estados Unidos empezaron su guerra contra los vietnamitas, tras haber sufragado en su casi totalidad la guerra de los franceses contra ese mismo pueblo, las propiedades del Departamento de Defensa de los Estados Unidos estaban valoradas en 160.000 millones de dólares. De entonces acá, ese valor se ha duplicado. El Departamento de Defensa de los Estados Unidos es la mayor organización del mundo, con propiedad sobre casi 13 millones de hectáreas de tierra en

los Estados Unidos y millones más en otros países. Actualmente, más de 75 centavos de cada dólar se están gastando en guerras en curso o en la preparación de guerras futuras. A los bolsillos de los militares americanos están fluyendo miles de millones de dólares, lo que da al Pentágono un poder económico que afecta a todos los sectores y aspectos de la vida de vuestro país. Los bienes militares que posee el Gobierno de los Estados Unidos son tres veces mayores que los de las compañías US Steel, Metropolitan Life Insurance, American Telephone and Telegraph, General Motors y Standard Oil juntas. El Departamento de Defensa tiene a su servicio tres veces el número de empleados de todas esas compañías sumadas. El Pentágono concede miles de millones de dólares en contratos militares concedidos a la gran industria. En 1960 se gastaban con fines militares 21.000 millones de dólares. De esa suma colosal, 7.500 millones de dólares se dividían entre diez compañías, y otras cinco recibían casi 1.000 millones de dólares cada una. Os pido que meditéis sobre el hecho de que en las oficinas directivas de esas compañías hay 1.400 jefes y oficiales retirados, entre ellos 261 generales o equivalentes de otras armas. En la nómina de la General Dynamics figuran 27 generales y almirantes y un ex secretario del ejército. He ahí una casta dominante que sigue en el poder, sea quien sea elegido a cargos públicos, y todo presidente se ve obligado a servir a los intereses de este grupo omnipotente. He aquí cómo la democracia americana se ha visto privada de su vida y de su sentido, y todo porque el pueblo no puede desembarazarse de los hombres que realmente le gobiernan.

Es precisamente esa concentración de poder lo que obliga al Pentágono y a la gran industria a persistir en la carrera de armamentos como un fin en sí. Las subcontratas que pasan a las industrias más pequeñas afectan a todas las ciudades americanas y, por ende, al empleo de millones de personas. Sólo para el Departamento de Defensa trabajan cuatro millones de personas. La nómina asciende a 12.000 millones de dólares, que es el doble de la de toda la industria del automóvil de los Estados Unidos. Otros cuatro millones de personas trabajan directamente en la industria de armamentos. En muchas ciudades la producción militar representa hasta el 80 por 100 de todos los empleos de la industria de manufactura. Más del 50 por 100 del producto nacional bruto de los Estados Unidos se dedica a fines militares. Este enorme sistema militar se extiende por todo el mundo con más de

3.000 bases militares, con el único fin de proteger el mismo imperio que con tanta claridad ha sido descrito en declaraciones por el Presidente Eisenhower, el asesor del Departamento de Estado y el *New York Times*, a que me he referido antes. Desde el Vietnam hasta la República Dominicana, desde el Oriente Medio hasta el Congo, los intereses económicos de unas pocas grandes compañías vinculadas a la industria de armamentos y a la casta militar son los que deciden el destino de las vidas americanas. Son sus órdenes las que hacen que los Estados Unidos invadan y opriman a gente hambrienta e indefensa.

Y, sin embargo, pese a la inmensa riqueza de los Estados Unidos; pese a que con sólo el 6 por 100 de la población mundial posee en cambio casi las dos terceras partes de los recursos mundiales; pese a su control sobre el petróleo, el cobalto, el tungsteno, el mineral de hierro, el caucho y otros recursos vitales del mundo; pese a los miles de millones con que se lucran unas pocas compañías americanas a costa del hambre de los pueblos del mundo, pese a todo esto, en los Estados Unidos hay 60 millones de personas que viven en la miseria.

Las ciudades americanas están plagadas de barrios insalubres. Los pobres son los que tienen que soportar la pesada carga de los impuestos y los que tienen que ir a luchar en guerras coloniales y de agresión. Os pido que apliquéis vuestra inteligencia para establecer una relación entre sucesos que se producen a diario en torno vuestro para que lleguéis a ver con claridad el sistema que se ha apoderado del control de los Estados Unidos y ha convertido su vida institucional en el grotesco arsenal de un imperio mundial. Es la gigantesca máquina militar, el gran complejo industrial y los servicios de inteligencia lo que muchas personas de tres continentes enteros consideran el principal enemigo de su vida y la fuente de su miseria y de su hambre. Si examinamos los gobiernos cuya existencia depende de la fuerza militar americana, veremos siempre que son gobiernos que apoyan a los ricos, a los terratenientes y al gran capital. Es cierto del Brasil, de Perú, de Venezuela, de Tailandia, de Corea del Sur, del Japón. Y lo mismo ocurre en todas las partes del mundo.

La consecuencia de todo esto es que para sofocar una revolución nacional, como el gran levantamiento histórico del pueblo vietnamita, los Estados Unidos se ven obligados a comportarse como los japoneses lo hicieron en el Asia sudoriental y los nazis en la Europa oriental. Esta comparación es literalmente cierta. Los campos de concentración

a que me he referido, y que albergan a casi el 60 por 100 de la población rural del Vietnam del Sur, son escena de torturas, matanzas y funerales en masa. Las armas especiales experimentales, como los gases, los tóxicos químicos y la gasolina gelatinada, son tan horrendas como las que pudieran haber empleado los nazis en la segunda guerra mundial. Ciertamente es que los nazis exterminaron sistemáticamente a los judíos, y que los Estados Unidos no han hecho nada comparable aún en Vietnam del Sur. Sin embargo, dejando aparte la exterminación de los judíos, todo cuanto los alemanes hicieron en Europa oriental ha sido repetido por los Estados Unidos en Vietnam en mucho mayor escala y con una eficiencia más terrible y completa.

En violación de los solemnes acuerdos internacionales firmados por presidentes de los Estados Unidos y ratificados por su Congreso, el Gobierno del Presidente Johnson ha cometido crímenes de guerra, crímenes contra la humanidad y crímenes contra la paz. Y ha cometido estos crímenes porque la razón de existir del Gobierno Johnson es mantener la explotación económica y la dominación militar de pueblos sojuzgados a manos de magnates industriales y su brazo militar de los Estados Unidos. La CIA, cuyo presupuesto es quince veces mayor que el que se destina a todas las actividades diplomáticas, está complicada en el asesinato de jefes de Estado y conspira contra gobiernos independientes. Esta siniestra actividad tiene por objeto destruir a los dirigentes y las organizaciones de pueblos que luchan por su independencia y por liberarse de la opresión política y económica americana. El militarismo americano es instrumento inseparable del mismo rapaz capitalismo, que ha reducido a la miseria al pueblo americano en el tiempo que nuestras generaciones pueden recordar. Son estos motivos los mismos que han causado los bárbaros y atroces crímenes que se cometen en gran escala en Vietnam.

He pedido a intelectuales y a eminentes personalidades independientes de todo el mundo que unan sus esfuerzos para crear un tribunal de crímenes de guerra, en el que se verán todas las pruebas relativas a los crímenes cometidos por el Gobierno de los Estados Unidos en Vietnam. Recordaréis que fueron hallados culpables alemanes por haber tolerado y aceptado los crímenes cometidos por su Gobierno. Nadie consideró suficiente excusa el que dijeran que, aunque sabían de la existencia de las cámaras de gas y de los campos de concentración, de las torturas y mutilaciones, nada podían haber hecho por evitarlo. Yo

apelo a vosotros como ser humano a seres humanos. Recordad vuestra humanidad y vuestro amor propio. La guerra contra el pueblo del Vietnam es un acto de barbarie. Es una guerra de agresión y de conquista.

Durante la guerra de la independencia americana, nadie tenía que decir a los americanos cuál era la razón de su lucha ni a nadie había que reclutar por la fuerza contra su voluntad. Ni tuvieron los soldados americanos que ir a luchar a otro país a quince mil kilómetros. En la guerra revolucionaria contra tropas extranjeras, los americanos lucharon en los campos y en los bosques, a pesar de sus harapos y de que el ejército de ocupación era el más poderoso del mundo de entonces. Aunque estaban hambrientos y pobres, lucharon, casa por casa, contra el ocupante. En aquella guerra de liberación a los americanos se les llamó terroristas, y era la potencia colonial la que los llamaba rebeldes y escoria. Los héroes nacionales americanos respondieron con palabras como las de Patrick Henry y Nathan Hale. El sentimiento que inspiró las palabras de "Dadme libertad o dadme muerte" es el mismo que inspira la resistencia vietnamita contra la agresión y la ocupación de los Estados Unidos.

Los Nathan Hale y los Patrick Henry de Vietnam no están en el ejército americano. Los que despliegan heroísmo, los que aman a su país y sienten la profunda fe en la libertad y en la justicia que inspiró al pueblo americano en 1776 son hoy el pueblo del Vietnam que lucha bajo la dirección revolucionaria del Frente Nacional de Liberación. Y por ello se hace de americanos carne de cañón para defender los intereses de quienes no sólo explotan a los vietnamitas, sino también al pueblo de los Estados Unidos. Son americanos los que matan vietnamitas, los que arrasan sus aldeas, los que ocupan sus ciudades, los que arrojan gases y tóxicos químicos, los que bombardean sus escuelas y hospitales, y todo ello para proteger los beneficios del capitalismo americano. Los hombres que reclutan soldados son los mismos que firman los contratos militares que les enriquecen. Son los mismos que envían soldados americanos al Vietnam como guardias de la fábrica, a proteger los bienes que han robado.

He aquí cómo la verdadera lucha por la libertad y la democracia se libra en el propio seno de los Estados Unidos contra los usurpadores de la sociedad americana. No me cabe duda de que el pueblo americano respondería de la misma manera que responde el pueblo vietnamita si los Estados Unidos hubieran sido invadidos y tenido que padecer las

atrocidades y torturas que el ejército y el gobierno de los Estados Unidos han infligido al pueblo vietnamita. El movimiento de protesta americano, que ha inspirado a todo el mundo, es el único auténtico portavoz de la preocupación de América por la libertad individual y la justicia social. El frente de la batalla por la libertad está en Washington, en la lucha contra los criminales de guerra —Johnson, Rusk y McNamara—, que han degradado a los Estados Unidos y a su pueblo. Es más, han robado el país a su pueblo y han hecho que el nombre de un gran país sea repugnante para los pueblos de todo el mundo. Esta es la cruda verdad, la verdad que afecta creciente e irrevocablemente a las vidas cotidianas de América. No cabe ver la cosa de otro modo. De nada sirve pretender que no se cometen crímenes de guerra, que no existen gases y las armas químicas, que no se emplean la tortura y el *napalm*, que soldados americanos y bombas americanas no masacran a los vietnamitas. No hay dignidad donde no hay el valor de ver dónde está el mal y combatirlo. La única solución a la crisis americana es que su pueblo se emancipe de esos bárbaros que hablan en su nombre y que han profanado así a un gran pueblo. No obstante, el pueblo americano está despertando y está empezando a dar muestras de la misma decisión y valor que tan conmovedoramente están demostrando los vietnamitas. La lucha de los negros en Harlem, en Watts y en el sur del país, la resistencia de los estudiantes americanos, la repulsa creciente que el pueblo en general comienza a demostrar por esta guerra, hacen concebir a la humanidad la esperanza de que están contados los días en que hombres rapaces y brutales puedan engañar y explotar a la nación americana.

Al hacer este llamamiento al pueblo americano, lo hago con pleno conocimiento de que los dirigentes del país no han escatimado esfuerzo de propaganda para ocultar del pueblo americano ese aspecto repugnante y la verdad sobre su comportamiento. Fue Abraham Lincoln quien expresó la convicción de que cuando un pueblo está en pie no se le puede seguir engañando. Todos los americanos que saben por experiencia propia o por la de personas próximas lo que se ha hecho en Vietnam deben ahora dar un paso adelante. Decid la verdad y ocupad el puesto frente a vuestros hermanos del mundo entero. Liberad a América de unos rapaces asesinos, de sus criminales de guerra, de la explotación y del odio de los pueblos sometidos. Estos pueblos buscan la comprensión de la gente llana de los Estados Unidos y le piden que

se una a su lucha mediante una resistencia capaz de restituir a América su honor de ciudadela de la libertad individual y de la justicia social. El Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra es en sí mismo un llamamiento a la conciencia del pueblo americano, nuestro aliado en una causa común.

El Tribunal de Crímenes de Guerra está en vías de urgente preparación. He pedido el concurso de eminentes juristas, de figuras destacadas de las letras y de la vida pública de Africa, de Asia, de América latina y de los mismos Estados Unidos. Darán su testimonio los vietnamitas que han sido víctimas de esta guerra. Se documentarán todos los datos científicos relativos a las armas químicas empleadas, sus propiedades y sus efectos. Testigos presenciales relatarán lo que han visto y se invitará a científicos para que examinen las pruebas presentadas ante el Tribunal. Todas las actuaciones se recogerán en cinta magnetofónica y todas las pruebas serán hechas públicas. Habrá películas documentales sobre los testigos y sus testimonios. Nos hemos propuesto reflejar lo más fielmente posible lo que ha sucedido al pueblo vietnamita. Queremos conmover al mundo como nunca se ha conmovido, para evitar que la tragedia vuelva a repetirse. El Vietnam es un ensayo de barbarie. Nos hemos propuesto que ni la buena fe ni la autenticidad de este Tribunal puedan ser impugnados por quienes tanto tienen que ocultar. El Presidente Johnson, Dean Rusk, Robert McNamara, Henry Cabot Lodge, el general Westmoreland y sus cómplices habrán de comparecer ante una justicia más elevada que lo que pueden reconocer y ante una condena más profunda que lo que pueden comprender.